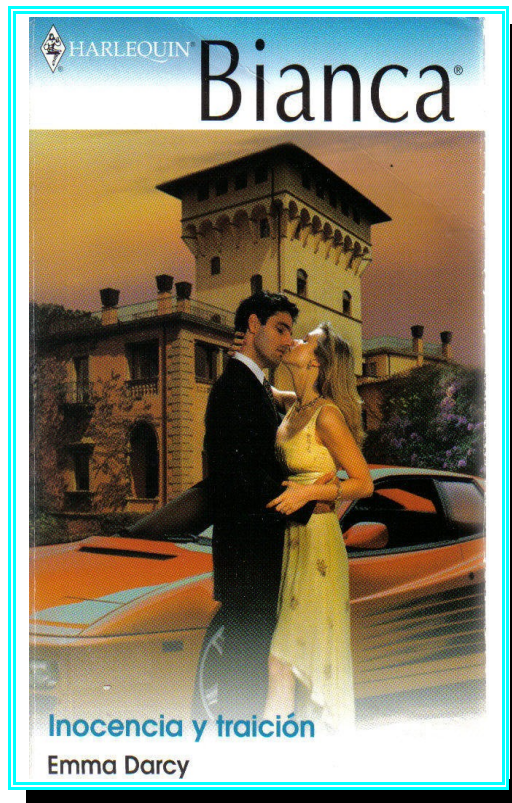


# Inocencia y Traición

Emma Darcy



## **Inocencia y Traición (21.09.2005)**

**Título Original:** The Italian's Stolen Bride (2005)

**Editorial:** Harlequin Ibérica

**Sello / Colección:** Bianca 1614

**Género:** Contemporáneo

**Protagonistas:** Luc Peretti y Skye Sumner

### **Argumento:**

***Sólo había un modo de recuperar lo que le habían robado... casándose***

*El impetuoso Luc Peretti echó a Skye Sumner de su vida porque creyó que lo había engañado con su hermano. Seis años después, Luc descubrió que Skye era inocente y había sido su hermano el que había mentado... ¡Y que el hijo de ella era suyo! Skye no quería tener nada que ver con Luc y no estaba dispuesta a dejarse comprar... Pero él tampoco parecía dispuesto a aceptar un no por respuesta...*

## Capítulo 1

Recuerda Skye... Skye Sumner... Oír aquel nombre de labios de su hermano Roberto, casi en su último suspiro, fue una sorpresa para Luciano Peretti. ¿Por qué recordaba aquello ahora? ¿Por qué perder el tiempo cuando el tiempo era tan precioso?

En unos minutos, Roberto saldría de la unidad de cuidados intensivos para ser trasladado a un quirófano en el que podrían o no salvar su vida. Tenía un cincuenta por ciento de posibilidades, le habían dicho los médicos. Sus padres estaban en la sala de espera con el cura y la mujer de Roberto, angustiados todos. Y le parecía una locura hablar de aquella chica, Skye Sumner, una vieja herida entre los dos que Luc había intentado olvidar para preservar la armonía familiar.

—Eso es agua pasada —dijo, para que Roberto no se sintiera culpable—. Ya está olvidado.

—No, Luc —insistió su hermano, haciendo un terrible, doloroso, esfuerzo para hablar—. Te mentí.

No era Skye... en las fotos. Nunca estuvo conmigo... fue una trampa... para alejarla de tu vida.

¿No era Skye?

Luc apretó los dientes. No podía ser cierto. Eso sería monstruoso. Pero si no fuera cierto, ¿por qué iba Roberto a hacer esa confesión en un momento tan delicado como aquél? A menos que quisiera limpiar su conciencia...

Y si lo que decía era cierto...

Los fantasmas del pasado aparecieron de repente. Las fotografías que provocaron su ruptura con Skye... Roberto en la cama con ella, la marca de nacimiento en forma de fresa que Skye tenía en el muslo, el largo cabello rubio cayendo sobre la almohada, la pulserita, tan peculiar, tres círculos en blanco, rosa y dorado, en su muñeca.

Su rostro, aquel precioso rostro de brillantes ojos azules, los labios generosos, siempre sonrientes, los fascinantes hoyitos en la mejilla... escondidos por la cabeza de Roberto que, inclinado, parecía decirle algo al oído.

Pero Luc no había dudado que fuera Skye. El pelo, las largas piernas, la marca en el muslo, la pulsera...

Además, su hermano le confesó haber mantenido una aventura con ella. ¿Por qué no iba a acostarse con Skye si ella estaba dispuesta?

Skye se reía con Roberto, tonteaba con él... Luc había pensado que, al menos, se sentía cómoda con un miembro de su familia. Incluso agradeció a su hermano que se lo pusiera un poco más fácil... hasta que esas fotos le abrieron los ojos.

Cegado por esas imágenes, no imaginó que pudiera ser una trampa, no aceptó las protestas de Skye, no quiso creer que había perdido la pulsera y que luego la encontró milagrosamente. No encontró razones para no pensar que Skye Sumner era una fulana que se acostaba con los dos hermanos Peretti.

—¿Por qué? —consiguió preguntar, con la voz rota, intentando a duras penas contener su rabia—. Yo la quería, Roberto.

Si su hermano no estuviera medio muerto, tumbado en aquella camilla, tan pálido como la sábana que lo cubría, lo habría matado.

—¿Por qué? —repitió, intentando entender aquella maldad. Su propio hermano, la persona en la que más confiaba, la persona a la que decidió creer por encima de Skye... porque era de su familia—. ¿Qué satisfacción pudiste obtener de esa mentira? ¿Por qué destruir mi amor por Skye?

«Me clavaste un cuchillo en el corazón, tan hondo que no he podido amar a otra mujer».

—Papá quería... que se fuera. Skye no era la mujer... adecuada. Él había elegido... a Gaia para ti.

Gaia Luzzani, que jamás le había gustado. Gaia, con quien Roberto se había casado para conseguir la aprobación de su padre. Un matrimonio que lo colocó al frente de la constructora Luzzani, el negocio perfecto para complementar la inmobiliaria Peretti. La ironía fue que los nietos, tan deseados por ambas familias, no llegaron nunca.

Gaia había sufrido dos abortos por el momento y si Roberto moría...

—Yo tenía celos de ti... El hermano mayor, el hijo favorito. Yo quería que papá... confiara en mí.

Luc sacudió la cabeza, sin saber qué decir.

—No importa —murmuró por fin, haciendo un esfuerzo.

La vida siguió adelante. Habían pasado seis años y sería imposible volver con Skye. No querría ni mirarlo después de cómo la había tratado.

Y frente a él estaba su hermano, que podría morir en el quirófano. ¿De qué valdría enfadarse con él cuando sabía que el culpable de todo era su padre? Su padre, el poderoso Maurizio Peretti, siempre decidido a salirse con la suya, como fuera.

Luc decidió que lo importante en aquel momento era que Roberto estuviera tranquilo.

—Siento habértelo puesto difícil, Roberto. Siendo el hermano mayor...

—No es culpa tuya.

Era doloroso ver cómo su hermano se esforzaba por respirar. Las costillas aplastadas, heridas internas por el accidente de coche... era increíble que siguiera vivo.

Y consciente.

—Tengo que decirte...

—Ya has dicho suficiente —lo interrumpió Luc, decidido a evitar que su hermano sufriera inútilmente—. No pasa nada. Ya hablaremos de ello.

—Escucha... Skye, estaba... embarazada.

—¿Qué?

Luc se quedó atónito. Skye embarazada... embarazada.

Pero ella no le había dicho que lo estuviera. Y tomaba la píldora.

—¿Cómo lo sabes?

—Su padrastro fue a hablar con papá... y tenía pruebas.

—¿Por qué no habló conmigo?

—Porque... quería dinero.

—¿Y lo consiguió?

—Sí, papá le pagó. No sé si Skye... tuvo el niño... pero es posible que tengas... un hijo en alguna parte —contestó su hermano, con lágrimas en los ojos—. Yo no dejo ninguno.

—No te rindas, Roberto —lo animó Luc, con el corazón en la garganta—. No te atrevas a rendirte. Eres mi hermano y me da lo mismo lo que hayas hecho, tienes que salir de ésta.

Roberto Peretti intentó sonreír.

—Me gustaba... cuando éramos niños... y tú eras el líder, Luc.

—Lo pasábamos muy bien, sí.

—Siento que... ya no lo pasemos bien.

—Podemos seguir haciéndolo —le prometió Luc, apretando su mano, intentando contagiarle su fuerza—. Saldrás de ésta, ya lo verás. No pienso dejar que te vayas, Roberto.

Los enfermeros entraron en ese momento para llevárselo al quirófano. Luc tuvo que soltar su mano, apartarse. No sabía qué decir ante aquella separación... quizá una separación final. Fue Roberto quien dijo las últimas palabras:

—Busca... a Skye.

## Capítulo 2

Uno de los momentos favoritos del día para Skye era cuando iba a buscar a su hijo al colegio. Matt, un niño de cinco años, siempre tenía cosas que contar: los juegos en el recreo, los halagos que había recibido de la profesora, los deberes. Aquel día estaba orgulloso porque la señorita le había pedido que leyera un cuento a sus compañeros.

—¿Qué cuento?

—Era de un conejo que se llamaba Jack y...

Skye sonreía mientras su hijo se lo contaba. Matt era muy inteligente y muy espabilado para su edad. Al principio, tuvo miedo de que no se encontrara a gusto con sus compañeros pero, hasta el momento, todo iba de maravilla.

Había pasado un mes desde que empezó el colegio y no hubo lágrimas el primer día cuando se despidieron. Matt estaba encantado, con los ojitos azules brillantes mientras le decía adiós con la mano, más que feliz de lanzarse a la aventura.

Afortunadamente.

No era fácil ser madre soltera, sin nadie que le aconsejara, que le echase una mano. Pero Matt parecía contento con la situación. De hecho, más que contento; era un niño feliz que nunca la molestaba cuando estaba tratando con los clientes. Aunque ahora, rodeado de niños que tenían familias normales... ¿qué iba a contestar cuando le preguntase dónde estaba su padre? Y lo haría, era inevitable.

Habían sido sólo los dos durante tanto tiempo.

Matt no recordaba a su abuela, que murió cuando él tenía dieciocho meses. Y la propia Skye era hija única, sin tías ni primos. El embarazo, tener el niño, cuidar de su madre cuando la quimioterapia no pudo hacer ya nada... los amigos de la universidad habían ido desapareciendo poco a poco y estaba tan ocupada con la sala de masajes terapéuticos... en fin, no tenía tiempo para hacer vida social.

Si hubiera tenido que trabajar fuera de casa... pero no quería dejar a Matt con una niñera o en una guardería. Era su hijo. Trabajar en casa, sin embargo, los había aislado un poco. Su vida era muy solitaria.

Ahora que Matt empezaba a ir al colegio, debería empezar a pensar en el futuro, quizá terminar la carrera de psicoterapia que había tenido que dejar a medias, salir un poco para conocer a alguien... quizá buscar un padre para Matt.

—¡Mira ese coche rojo, mamá! —gritó el niño entonces.

Skye ya lo estaba mirando. Era un Ferrari. Reconoció la marca de inmediato porque Luc Peretti tenía uno igual. Luc Peretti. Pensar en él hizo que se le encogiera el corazón.

—¿Podemos comprar un coche así? —preguntó su hijo, emocionado.

—No necesitamos un coche, Matt.

Y tampoco podían permitírselo. Pagar el alquiler de la casita en la que vivían, más los gastos, se llevaba casi todos sus ingresos. Lo poco que podía ahorrar era para una emergencia.

¿Qué haría un Ferrari allí, en un barrio tan modesto?, se preguntó.

—Otras mamás van a buscar a los niños en coche —insistió Matt.

Skye hizo una mueca. Ya empezaban las comparaciones.

—Porque esos niños no viven cerca del colegio, como nosotros. Tenemos suerte de poder ir paseando, ¿no?

—Pero cuando llueve no es una suerte —protestó su hijo.

—Pensé que te gustaba ponerte las botas amarillas.

—Sí, me gusta.

Skye sonrió.

—Y pisar los charcos.

—Sí —dijo el niño, mirando el Ferrari—. Pero también me gustan los coches.

Skye volvió a mirar el coche y tuvo que detenerse. Su corazón empezó a latir como si quisiera salirse de su pecho. Pero no podía ser...

La puerta del Ferrari se había abierto y el hombre que salía de él... no podía ser, era imposible.

Entonces el hombre volvió la cabeza y la miró directamente. Y era él, Luc Peretti. Imposible confundir esas facciones tan masculinas, las largas pestañas, los ojos oscuros, el flequillo negro que caía sobre su frente, como el de Matt.

iMatt!

Skye sintió pánico. ¿Habría descubierto que no usó el dinero que le dieron los Peretti para un aborto? ¿Y por qué buscar a un niño que, a ojos de Luc, podría no ser suyo? Ni de Roberto, ya que la creía una libertina que iba de cama en cama.

Pero quizá se estaba asustando por nada. Quizá no la había reconocido. Era una mamá paseando con su hijo. Con una coleta, sin arreglar, en camiseta y vaqueros, no llamaba mucho la atención.

Seguramente, Luc no la habría reconocido, seguramente estaba allí por otra razón.

—¿Mamá?

—Dime, hijo.

—¿Por qué nos hemos parado?

«Porque estoy muerta de miedo».

Skye respiró profundamente.

—Es que... se me había olvidado una cosa.

—¿Qué?

—Algo... que tenía que hacer para un cliente. Lo haré mañana — contestó ella, haciendo tiempo para que Luc Peretti se alejara.

—Será mejor que lo pongas en la lista —le aconsejó Matt, recordando una de las manías de su madre—. Así no se te olvidará.

—Lo haré en cuanto lleguemos a casa.

—Bueno, venga —insistió el niño, tirando de su mano.

Skye se obligó a sí misma a caminar. Pero tenía que mirar para ver dónde estaba Luc Peretti y cuando volvió la cabeza, la angustia fue mayor. Porque Luc estaba cruzando la calle y la miraba fijamente, decidido. No estaba mirando a otra parte, la miraba a ella.

No podía evitar la confrontación, se dijo a sí misma, al ver que Luc se detenía ante la verja de su casa. Estaba mirando a Matt.

Buscando el parecido, pensó, asustada. La familia Peretti era muy rica. Si Luc decidía pedir la custodia de Matt... y Skye sabía que solían jugar sucio. Conseguir una mujer que se parecía a ella para hacerle esas fotos, robarle la pulsera y devolverla después para que la llevase cuando Luc la acusara de... la acusara y la dejara por una infidelidad que no había cometido.

Gente despiadada.

Gente cruel.

Gente sin corazón, sin sentimientos por los demás.

Pero Luc no podía estar seguro de que fuera su hijo. Sí, tenía la piel morena y el pelo oscuro como él, pero también tenía sus ojos azules, su boca y, desde luego, su alegre personalidad.

Tendría que pedir una prueba de ADN para estar seguro. ¿Podría ella negarse?

—¿Conoces a ese hombre que está en la puerta, mamá?

No tenía sentido negarlo. Luc iba a dirigirse a ella por su nombre, sin ninguna duda.

—Sí, sí lo conozco, Matt.

—¿Puedes pedirle que me lleve en su coche?

—¡No! —le salió del alma. Skye se inclinó para tomar a su hijo por los hombros—. No debes pedirle que te lleve en su coche, cariño. No debes ir con él a ningún sitio. ¿Me oyes, Matt?

Su vehemencia asustó al niño. Y Skye se asustó también, al pensar que la sencillez de su vida iba a verse amenazada.

—¿Es un hombre malo? —preguntó Matt en voz baja.

¿Era malo Luc? Una vez lo había amado. Lo amó con toda su alma. Por eso, que no creyera en ella fue tan devastador. Incluso ahora no podía decir que Luc fuera malo, aunque se había dejado engañar por su familia.

—No, es que no debes irte con ningún extraño, ya lo sabes. ¿De acuerdo, Matt? ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo —dijo el niño.

—Voy a darte la llave. Una vez que abra la verja, entra en casa y toma unas galletas de la cocina. ¿De acuerdo?

—¿Vas a hablar con ese hombre?

—Sí, tengo que hablar con él. No se irá hasta que lo haga.

Matt miró a Luc con expresión furiosa.

—Es grande. ¿Quieres que llame a la policía, mamá?

Skye le había enseñado el número, una precaución necesaria ya que ella era la única adulta en la casa y si le pasara algo... pero intentó calmarse al ver que Matt parecía asustado.

—No, no hace falta. Sólo estaré con él unos minutos —le aseguró, sacando una llave del bolsillo—. Haz lo que te he dicho, ¿de acuerdo?

El niño asintió.

Siguieron caminando, de la mano, con la barbilla orgullosamente levantada. Habían pasado muchos años, demasiados, desde que lo dejó entrar en su vida, desde que sucumbió a su encanto masculino.

Luc Peretti era grande a ojos de Matt, pero desde el punto de vista de Skye... era poderoso, alto, de hombros anchos, con un físico imponente y sin una gota de grasa. Era el tipo de hombre que, de inmediato, llama la atención de una mujer.

Llevaba unos vaqueros negros, sin duda de diseño italiano. Una camisa de sport negra, remangada, destacaba la anchura de su torso y los poderosos antebrazos. Había puesto una mano en la verja, como si no estuviera dispuesto a dejarla escapar.

Pero no tenía ningún derecho. Y aún debía demostrar que era el padre de Matt. Skye miró esa mano sin disimular su disgusto y él la bajó, en un gesto de conciliación.

—¿Puedo hablar un momento contigo, Skye?

Su voz, tan ronca, tan masculina, despertó viejos recuerdos. Los susurros en la cama, sus caricias, sus besos. Skye se puso colorada de vergüenza por dejar que aquel hombre le recordase lo que hubo una vez entre ellos.

—Por favor, apártate de la verja. Hablaré contigo, pero mi hijo tiene que entrar en casa.

—Me gustaría que nos presentaras —dijo Luc, sonriendo al niño, mostrándose encantador... por si acaso era su hijo.



Skye apretó los dientes.

—Es mi hijo, eso es todo lo que tienes que saber. Matt, entra en casa y haz lo que te he dicho.

El niño obedeció, pero antes de llegar a la casa se volvió y miró a Luc, desafiante:

—¡No le hagas daño a mi mamá!

Él sacudió la cabeza, con expresión dolida.

—No he venido a hacerle daño. Sólo he venido a hablar.

Matt miró a su madre y ella le hizo un gesto para que siguiera adelante. Cuando estuvo segura de que el niño no podía oírlos, miró al hombre que no tenía derecho a estar allí. Ningún derecho.

—¿Qué querías decirme? —le espetó, furiosa. Lo odiaba por ponerla en esa posición, por entrometerse en su vida.

—También es mi hijo —contestó Luc.

—No lo es —respondió Skye, con vehemencia.

—He visto una copia de su partida de nacimiento. La fecha...

—En su partida de nacimiento no consta el nombre del padre. Pone «padre desconocido». Después de todo, yo no era más que una fulana que iba de cama en cama, ¿recuerdas?

Luc apretó los dientes.

—Me equivoqué.

—Un poquito tarde para revisar tu opinión, ¿no te parece?

—Lo siento. Debería haberte creído, Skye. Tú no eras la chica de las fotos. Ahora lo sé.

Ella apartó la mirada. Esa disculpa no cambiaba nada en absoluto. Nada podría borrar el dolor, la amargura del pasado. Nada podría compensarla por lo que había perdido, por lo que Luc le había arrebatado esa terrible noche. Y no pensaba ablandarse por una simple disculpa.

—¿Cómo lo sabes? Tu hermano era la estrella de esas fotos. Lo creíste a él, ¿no?

Luc apretó la mandíbula. Sus ojos tenían una expresión distante, lejana.

—Mi hermano... murió el mes pasado.

¿Roberto muerto?

¿Tan joven?

Skye recordó a Roberto Peretti: pelo oscuro, rizado, ojos seductores, sonrisa traviesa que complementaba su imagen de playboy. No tenía el físico atlético de Luc, no era tan dinámico, pero tenía una simpatía que atraía de inmediato. Le había caído bien, se reían juntos, pero al lado de Luc no tenía nada que hacer.

Roberto siempre le pareció un chico divertido.

Hasta que lo vio en aquellas fotos.

Ese recordatorio la devolvió al presente.

—Lo siento mucho, Luc. Pero la muerte de tu hermano no tiene nada que ver conmigo.

—Estaba pensando en ti antes de morir, Skye. Sus últimas palabras fueron sobre ti.

De modo que Roberto había confesado la verdad. Y, por supuesto, Luc había creído esa confesión que la libraba de culpa.

—Da igual.

—A mí no.

—Tú no cuentas —replicó Skye—. Dejaste de contar en mi vida hace mucho tiempo.

—Muy bien —suspiró él—. Pero yo no sabía nada de tu embarazo hasta que Roberto me lo contó antes de morir. Y ahora sé que hay un hijo. Nuestro hijo, Skye.

—¡Es mío!

No quería ni pensar que Matt era hijo de aquel hombre. Ella le había dado la vida, esa vida que los Peretti quisieron destruir.

—Una prueba de ADN puede demostrar...

—¿Has hablado con tu padre de esto? —lo interrumpió Skye.

Quería saber si había actuado por su cuenta, sin el apoyo del poderoso Maurizio Peretti. Luc era una amenaza, pero si su padre tenía algo que ver... eso sería mucho peor.

—No es asunto suyo.

—Perdona, pero sí lo es. Tu padre pagó mil dólares para que yo abortase. Él mató a tu hijo, Luc.

Luc la miró, atónito.

—¡No! Él no haría eso. Mi padre nunca haría eso.

—Lo hizo. De modo que mi hijo es mío, sólo mío, porque yo elegí tenerlo.

—Skye —empezó a decir él, con expresión angustiada—. Yo no tuve nada que ver con eso.

—¿Cómo que no? No me creíste, Luc. Aceptaste lo que te contaba tu familia sin escucharme siquiera. Vuelve con ellos, vuelve a la vida que han planeado para ti. Aquí no eres bienvenido.

Luc estaba perplejo por aquella revelación y Skye aprovechó la oportunidad para cerrar la verja y dirigirse hacia su casa.

Estaba tensa, esperando oír pasos tras ella, esperando que la siguiera, pero no fue así. De modo que entró en la casa y cerró con llave, dejando fuera al hombre que jamás debería haber vuelto a aparecer en su vida.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

